

Ventura y riesgo de las palabras viajeras

Dr. Carlos Vega,

Catedrático de la Universidad de El Salvador.

Se trata de lo siguiente: al vernos en la precisión de trasladar un nombre propio de otra lengua a la nuestra, ¿cómo hemos de hacerlo? En otros tiempos, cuando las relaciones entre los pueblos eran raras y precarias, la cosa carecía de importancia; pero hoy la tiene, la tiene muy grande y la tendrá cada día mayor a medida que el mundo se va unificando y va dilatándose el área común de los problemas que atosigan al hombre o simplemente llaman su atención. No ya en las vertiginosas alturas de la vida política, en esa misteriosa geometría de los llamados “círculos diplomáticos”, sino en la tierra llana de la calle, en la conversación corriente de las gentes corrientes y, como consecuencia, en libros de gran circulación, en revistas y más todavía en la prensa diaria, es cada vez más copioso el número de nombres propios de personas y lugares extraños que se usan y que, por fuerza, han de escribirse y leerse. Piénsese, por ejemplo, en aquella balumba de palabras escandinavas, árabes, niponas y de otros veinte idiomas que la última Gran Guerra puso ante nuestros ojos; o piénsese, para no salir de nuestros días, en la cuestión de Suez. ¿Es Násér o Naser? Si es Násér, ¿por qué escribir Naser? ¿por qué no ponerle su acento en la a? Y, sea Násér o Naser —para el caso es lo mismo,— ¿por qué hemos de escribirlo con dos eses en una lengua que, como la nuestra, no tiene la ese sonora que suena en la palabra italiana “casa”? ¿O es que se cree que esas dos eses vienen del mismo Egipto? El problema es de todos los días.

Ahora bien, cada pueblo o grupo de pueblos tiene su sistema fonético y su correspondiente sistema gráfico; con otras palabras, tiene sus sonidos para expresarse en forma hablada, y sus correspondiente signos para representar esos sonidos en forma escrita.

Unas veces los signos y los sonidos de un idioma coinciden —hasta cierto punto— con los de otro idioma; entonces no hay cuestión. Así, para transcribir al español los nombres de Stuttgart, de Yyon o de Roma podemos servirnos (con levísimas adaptaciones o aun sin ellas) de los mismos signos que emplean alemanes, franceses o italianos, y con esos signos, con esas

letras obtener poco más o menos los mismos sonidos con que suenan en boca de un italiano, un francés o un alemán. Poco más o menos. No los pronunciaremos irreprochablemente, pero sí en forma bastante parecida y suficiente para hacernos entender hasta de los propios naturales de esas ciudades. Los pronunciaremos lo mismo... poco más o menos.

Pasemos al extremo opuesto. Otras veces las diferencias fonéticas entre las lenguas son tan radicales y absolutas que su escritura con nuestros signos resulta del todo imposible. Así pasa con muchas lenguas de extraños y apartados países, sobre todo de Australia y el continente negro. Por esto, por ser en absoluto imposible todo intento de traslado por escrito, y además por tratarse de pueblos cuya vida se desenvuelve fuera del campo de nuestro interés inmediato, tampoco para nosotros hay aquí problema; lo habrá si acaso para los hombres de ciencia o para los misioneros, nunca para el hombre común.

Pero entre ambos extremos (la suma facilidad y la máxima dificultad, la imposibilidad) hay un término medio. Este es el que nos interesa: cuando los sonidos y signos de un idioma no tienen **adecuada** correspondencia con los de otro, sino sólo **remoto** parecido. Aquí, precisamente aquí es donde el problema se plantea: no hay facilidad de transcripción (suma facilidad, como en el primer caso), porque la correspondencia no es adecuada; pero tampoco hay imposibilidad (como en el segundo caso), porque el parecido, aunque remoto, existe. Obsérvese bien: aunque inadecuada, **hay correspondencia**; aunque remoto, **hay parecido**. Esto es lo que sucede con las lenguas de Occidente, hasta el punto de que, pese a innegables diferencias, todos los pueblos de Europa y América, salvo contadas excepciones, pueden servir de un solo alfabeto. ¿Se comprende el enorme parecido que hace posible tal cosa? Con las veintitantas letras del alfabeto latino, más los añadidos o combinaciones que cada pueblo le haya hecho para adaptarlo a sus peculiares necesidades, pueden transcribirse recíprocamente los sonidos de las grandes lenguas de nuestra cultura. Una cosa es que no haya **coincidencia** y otra cosa es que no haya **semejanza**. Ahí está para probarlo la pronunciación "figurada" que se da en los diccionarios y manuales bilingües; con ella cada idioma occidental logra reproducir más o menos perfectamente la pronunciación extranjera. El resultado, en verdad, no es irreprochable; la correspondencia no es, no puede ser exacta; pero es suficiente para lo que con ella se pretende, que es salir del paso. Además, ¿dónde está esa correspondencia perfecta entre signos y sonidos? En ninguna parte, **ni siquiera en la propia lengua**. ¿O se piensa en serio que cada idioma no tiene y usa más sonidos que los veintitantos (o treinta y tantos, como el ruso) que representa su alfabeto? ¿Se cree que nuestra lengua española—tan excepcional en esto, tan clara, tan precisa, tan acerada—sólo tiene los veintiocho sonidos que parecen representar sus veintiocho letras?

Aquí no vendrán mal unas gotas de fisiología. ¿Cómo se produce la palabra? De dentro afuera, aunque no falten excepciones, como luego hemos de ver. La materia prima de la palabra es el aire (recordemos a Bécquer "Las palabras son aire y van al aire...") El aire sale silencioso de los pulmones, y al pasar por las cuerdas vocales, que encuentra en su camino, las hace vibrar. Ya tenemos el **sonido**, un puro sonido sin articular, un sonido en bruto. Este sonido llega a la boca y en la boca, como en un minúsculo taller, se elabora, se moldea y se convierte en sonido **articulado**.

es decir, en palabra humana. ¿Quiénes son los operarios de ese taller lili-putiense, los operarios que tan hábilmente moldean y elaboran esa sutil materia prima que es el aire? Los dientes, los alvéolos, el paladar, los labios, la lengua. Estas gentes, solícitas como los enanitos de Blanca Nieves, son las que enteran al prójimo de nuestros dolores y entusiasmos, de nuestros pensamientos y deseos, de nuestros malos humores también; ellas son las que hacen el milagro de transmutar en palabra lo que no es más que un poco de viento estremecido y sonoro. ¿Y cómo lo hacen? Separándose unas veces, dejando campo abierto al aire para que la **a** pueda salir libremente y sin que nadie la roce; aproximándose otras veces para que la **s** pueda salir deslizándose y silbando como un reptil que sale de su escondrijo; o juntándose fuertemente para que el aire se agolpe en la boca y pueda luego sonar el pequeño estampido en que consiste la **p**. . . De mil maneras.

En la pronunciación de toda letra intervienen varios órganos (llamemos así a nuestros simpáticos operarios): unos **activos**, como la lengua o los labios, que no descansan al hablar, y otros **pasivos**, como los dientes superiores, que no se mueven porque no pueden moverse. Hay además un punto en que esos órganos se aproximan más o menos o llegan a ponerse en contacto: el **punto de articulación**. Organos (activos o pasivos) y punto de articulación: he aquí la "herramienta". Esto, y no otra cosa, es lo que sirve para diferenciar unas lenguas de otras; esto, y no otra cosa, es lo que se traduce en signos de diferente figura, en letras escritas. Tales diferencias, cuantitativamente, son minúsculas, se miden por milímetros; pero son decisivas. No son, pues, cosa baladí.

Vamos a ver algo que acaso sorprenda; no hablemos de la **z**: escojamos una letra sobre la cual, en opinión de los más, no cabe cuestión alguna: la **d**. . . La **d** que suena en la palabra **cada**, ¿Es la misma **d** que suena en la palabra **conde**? Pronuncie el lector estas palabras, pronúncielas despacio y observe la notable diferencia que las separa. Va mucho de Pedro a Pedro, como dice el dicho. La primera **d**, la de **cada**, tiene como **órgano activo** la punta de la lengua, como **órgano pasivo**, el borde de los dientes superiores: aquí está su **punto de articulación** por eso, al decir, **cada**, sacamos entre los dientes la punta de la lengua). La segunda **d**, la de **conde**, es distinta: tiene también como **órgano activo** la punta de la lengua, pero su **órgano pasivo** y, consecuentemente, su **punto de articulación** son diferentes; ya no se trata del **borde** de los dientes superiores, sino de la **cara interior** de los mismos (por eso, porque se coloca **detrás** de los dientes y no **debajo** de ellos, por eso al pronunciar la palabra **conde** no sacamos entre los dientes la punta de la lengua como cuando pronunciamos la palabra **cada**). En suma, que se trata de **dos sonidos distintos**, de dos sonidos que sólo coinciden en uno de sus ingredientes (el **órgano activo**), pero que difieren en los demás (el **órgano pasivo** y el **punto de articulación**). ¿Sutilezas? No hay tales sutilezas, y vamos a verlo.

Si ambas letras (la **d** de la palabra **cada** y la **d** de la palabra **conde**) son idénticas o entre ellas no hay diferencia normalmente perceptible, lo mismo dará articularlas de una manera que de la otra. Hagamos la prueba: aquí tiene el lector tres palabras que normalmente pronuncia con la misma **d** que usa en la palabra **cada**: **dame**, **dos**, **dedos**. No las pronuncie así, espontáneamente, sino con la **d** que usa en la palabra **conde**. Haga el lector la

prueba... y observe lo que ha pasado: que al pronunciar de este modo se ha convertido en extranjero de su propia lengua; nada más que eso. Véase si se trata de sutilezas y si existe o no diferencia entre una y otra **d**.

Si esto es así, como es; si en rigor se trata de **dos sonidos diferentes**, debieran tener para su escritura, para su representación escrita sendos **signos** diferentes también. ¿Los tienen? Sabido es que no: para estos **dos sonidos diferentes** sólo tenemos **un** signo (la **d** de nuestro alfabeto), que suena unas veces de una manera y otras veces de manera distinta. ¡Quién lo diría! ¡Hasta en la propia casa, hasta dentro de la propia lengua tenemos que servirnos de la pronunciación “figurada”!

Y lo que pasa con la **d**, que parece tan inofensiva, pasa con la **z**, pasa con la **j**, con la **l**, con la **b**, en rigor, con todas las letras. Veamos un ejemplo claro y significativo. Aquí la **ll**. El sonido canónico y oficial que representa este signo, es decir, el sonido preciso e inconfundible para el cual se creó este signo (que no se llama **doble ele**, sino **elle**; que no es la unión ocasional de dos letras, sino el símbolo indivisible y permanente de una de ellas, con su puesto fijo en el alfabeto) es uno de los sonidos más genuinos de la lengua española. Pero suena muy poco dentro de ella, muy poco dentro de la misma España, de la misma Castilla, donde nació. En gran parte de Castilla la Nueva, con Madrid a la cabeza; en otras muchas regiones, como Extremadura, Murcia, Andalucía y Canarias, y en casi toda la América española (con excepción de algunas provincias de la Argentina, Chile, Perú, Colombia y Ecuador), la **elle** no suena como **elle**, sino como **ye**, como **y**. Gran parte de los españoles y grandísima parte de los hispanoamericanos no dicen caballo, sino cabayo; no dicen gallo (sustantivo) cuando hablan de este fogoso y succulento animal, sino gayo (adjetivo), que quiere decir “alegre, agradable a la vista”; no dicen rollo (sustantivo, objeto de forma cilíndrica), sino royo (adjetivo, equivalente de “rubio”, “rojo”). Para una gran parte de los españoles, para la inmensa mayoría de los hispanoamericanos el décimo cuarto signo de nuestro alfabeto, el signo de la **ll**, no representa una realidad **hablada**, sino meramente **ortográfica**... Y, sin embargo, a despecho de todas esas aunque menudas realísimas diferencias, ¡qué bien nos las arreglamos con nuestras solas veintiocho letras! Ellas recogen y cifran las peculiaridades fonéticas de veinte pueblos; con sólo ellas, para todas las necesidades de la vida —desde la más humilde a la más encopetada— nos entendemos a las mil maravillas muchas decenas de millones de hombres esparcidos por todos los climas. A veces nos reímos unos de otros por nuestro peculiar acento (por el “cantaíto”, como dicen en Cuba con encantadora palabra): el doctor se ríe del ignorante, el de la ciudad, del campesino, el cubano, del argentino o del español (igual que el español del argentino o del cubano). Es natural. Pero todas nuestras voces, estas voces cuyas diferencias nos mueven a risa, todas ellas tienen un solo nombre en el extranjero, porque —todas ellas— en los oídos de un extraño suenan iguales, como si fueran una sola misma voz. Y esto es lo que son.

Claro es que cuando las cosas se extreman —y a veces hay que extremarlas para su debido estudio— no bastan las veinticinco letras. El lingüista, el filólogo, el fonetista, los hombres de ciencia (que precisan, por decirlo, así, una visión microscópica del lenguaje) necesitan para sus análisis y finos distinguos instrumentos de mayor precisión; necesitan —hasta donde ello es posible, que nunca lo es del todo— un solo y único signo para la

d de **cada** y otro signo para la d de **conde**. De ahí los llamados alfabetos "fonéticos". El que desde 1915 se viene empleando para el español (aún siendo nuestra ortografía más fonética, es decir, más próxima a la realidad hablada que la de otros idiomas) consta de **sesenta signos**, ¡de treinta y dos signos más que el alfabeto que se aprende en las escuelas! Como curiosidad, y ya que hemos hablado tanto de esta letra, es de notar que en dicho alfabeto, para los diversos sonidos que normalmente se representan con nuestra sola y únicamente la d de **cada** y la d de **conde**, sino que hay además la d de **abogado** y la d de **virtud**, todas cuatro diferentes entre sí.

Conviene decir todo esto, conviene recalcarlo para disipar la idea tan extendida y falsa de que entre los sonidos y los signos del lenguaje existe una correspondencia pluscuamperfecta. No, no la hay; es ilusoria; no la hay siquiera dentro del propio idioma, del idioma materno, menos aún puede haberla en el comercio de unos idiomas con otros. De aquí brotan los problemas de la transcripción, que van desde lo sumamente fácil hasta lo archipeliagudo y totalmente impracticable. Estamos hartos de oír que "no hay forma humana" de vestir a la española tal palabra inglesa o tal otra francesa o alemana, y viceversa. Pongamos a estas expresiones tan rotundas un granito de sal... ¿Se quiere saber lo que es de veras imposibilidad en este orden de cosas?

Dejemos nuestro mundo del siglo XX con su espléndida técnica, su espléndida ciencia y su espléndida filosofía; vayamos a esos otros mundos de hace diez mil años o más que, en esta misma hora, comparten con nosotros la vida sobre este mismo planeta; salgamos de nuestro ámbito histórico europeo o americano; vayamos en unas horas a otras tierras donde seres humanos, contemporáneos nuestros, viven enmarañados en un misterioso e impenetrable magismo; lleguémonos a Australia, a Ceilán, a Sumatra, al Africa bosquimana o a las islas de Andamán... Allí, no muy lejos a veces de hombres supercivilizados, encontraremos paleolíticos del siglo XX, azorantes "fósiles" que respiran; allí podremos colmar las medidas de nuestra curiosidad lingüística. Los bosquimanos del Africa austral hablan una de las lenguas más ruidosas y extravagantes del globo; una lengua, cosa chocante, tan fácil de imitar con la boca como imposible de representar por escrito. El bosquimano, junto a tal o cual sonido que pueda parecerse de lejos a los nuestros, emite al hablar una gran cantidad de puros ruidos, de sonidos sin la menor articulación, de sonidos que en lugar de producirse como nuestras palabras, de dentro afuera, se producen a la inversa, de fuera adentro; no expeliendo el aire por la boca, sino succionándolo con gran estrépito al tiempo que despega violentamente los labios como en un beso (un beso torpe y feroz), o que retira violentamente la lengua, ya de los dientes, ya de las muelas, ya de las encías. Puros chasquidos ¿Cómo escribir esta con los signos de nuestro alfabeto? De ningún modo; sólo puede **describirse**. Y descripciones es lo que han hecho gentes meritísimas y abnegadas —misioneros, hombres de ciencia— gracias a las cuales ha podido construirse algo así como una **gramática** bosquimana y han podido salvarse de un olvido irremediable las curiosas tradiciones de estos pueblos, ya en trance de desaparición.

Contempladas desde este extremo, ¿qué son las diferencias fonéticas que separan a los pueblos de Occidente? Ante contraste tan brutal, ¿como no estimar en su inmenso valor las sorprendentes semejanzas que, junto

con sus naturales diferencias, ofrece la gran familia lingüística de que formamos parte? Griego, polaco, checo, ruso, búlgaro, noruego, danés, sueco, alemán, inglés, rumano, francés, italiano, español...; todos son parientes en mayor o menor grado, y la mayoría de ellos pueden servirse, se sirven de un alfabeto común, que es el alfabeto latino. Hecho tan estupendo representa para todos una ventaja incalculable, y es mucho más de admirar en él lo común que lo diferencial. No debemos, pues, sacar las cosas de juicio: si partimos de la propia perfección nada encontraremos bueno; si, por el contrario, tenemos clara conciencia de las deficiencias propias, podremos ser más comprensivos y perspicaces ante las deficiencias ajenas. Poner de relieve las limitaciones insalvables del propio idioma en lo que al juste de sus sonidos con sus signos se refiere, es lo mejor que puede hacerse para contrarrestar ese afán de subir a las nubes las limitaciones de los demás y de unos y otros en sus mutuas relaciones.

Resumiendo, pues, lo dicho tenemos que en la transcripción de los nombres de una lengua a otra lengua pueden presentarse tres casos principales.

